

Francesc Miralles

# OBLIVION

Un cielo tras otro

LUNA  ROJA

## Montaña Roja

Todo empezó con un astronauta que perseguía a un ángel.

Yo tenía diez años entonces y no había salido nunca de La Graciosa, un islote de seiscientos habitantes al norte de Lanzarote. Mi vida había transcurrido entre las calles de arena de Caleta de Sebo, la capital de aquel pedazo de tierra en medio del océano.

En ese pequeño mundo todos conocían a todos. Al salir de la escuela, un cubo rectangular encalado de blanco, iba de expedición en bici hasta la lejana y desolada Montaña Amarilla, o bien me paseaba por la segunda población de la isla: una aldea fantasmal, desierta la mayor parte del año, llamada las Casas de Pedro Barba.

Aquellos parajes rodeados de azul turquesa bastaban para vivir mil aventuras. Por eso nunca me había interesa-

do por la isla grande, Lanzarote, hasta que mis padres me llevaron un fin de semana a conocer a una pariente llegada de Venezuela.

Era una mujer mayor con terror a viajar en barco —la única manera de llegar a La Graciosa—, así que nos habíamos citado en un establecimiento turístico al sur de Lanzarote.

Por primera vez me alojé en un hotel con cientos de habitaciones. El hall del Natura Palace tenía un techo tan alto que daba vértigo solo con mirarlo. Había docenas de empleados puliendo el suelo por el que pasaban constantemente familias alemanas y jubilados con chándal. Todos sonreían, contentos de estar a veinte grados en pleno diciembre.

Pero lo que a mí me fascinaba no era el lujo de las habitaciones, ni el bufé libre con docenas de platos para atiborrarse. Lo que capturó mi atención, desde que el taxi nos había dejado en la puerta, era una enorme montaña roja que se alzaba detrás del hotel.

En La Graciosa dominan el amarillo y el ocre, así que aquella montaña volcánica de oscuro granate me pareció un paisaje propio de Marte. Al verla, me prometí que no abandonaría aquel lugar sin escalarla un amanecer.

Como en Caleta de Sebo no había cine ni nada parecido, me había tragado la colección entera de películas de ciencia-ficción de casa. Era una herencia del hermano de mi madre, tío Zeus, que había dejado el islote para trasladarse a algún lugar cerca de Madrid. Yo lo adoraba y hablábamos a menudo por teléfono, también para comentar aquellos DVD.

Me encantaba la primera trilogía de *Star Wars*, *Galáctica*, *Space Cowboys*, también películas antiguas como *Naves Misteriosas*. Pero mis preferidas eran las que tenían Marte como escenario. El planeta rojo me atraía con una fuerza que no alcanzaba a comprender. Mi mayor deseo era visitar alguna vez aquella superficie de infernal belleza, algo que al parecer no podría hacerse hasta al cabo de treinta años. Eso siendo optimistas.

Atraído por aquella montaña roja, me dije que yo pisaría Marte la madrugada del domingo.

.....

Tras compartir el fin de semana con aquella vieja que había hecho fortuna en el nuevo mundo —mis padres ya le habían pedido dinero—, el sábado me acosté pronto en nuestra habitación de hotel, sin revelar a nadie mis intenciones.

Lo tenía todo previsto. La alarma de mi reloj sonaría, con el volumen al mínimo, a las seis. En fin de semana, mis padres nunca se despertaban antes de las nueve, así que calculé que tendría tiempo suficiente de alcanzar la cumbre de Montaña Roja, en pleno amanecer, y bajar como un astronauta orgulloso para el desayuno.

Que mis padres hubieran alquilado una moto para hacer escapadas, mientras yo me quedaba con la venezolana, me iba como anillo al dedo. Ahora disponía de un casco y de

una parka ultramoderna para resistir el frío clima marciano.

Me desperté antes de que sonara la alarma, cuando la oscuridad aún se cernía sobre aquel monte oxidado por antiguos fuegos.

Tras saltar de la cama, me vestí con sigilo. Luego me puse la parka de mi madre, que era poco más alta que yo a los diez años, y salí de la habitación con el casco bajo el brazo.

Nadie me vio atravesar de esa guisa los pasillos del hotel. Al llegar al hall, donde estaba el mayor peligro, tuve la suerte de que el recepcionista había abandonado su puesto momentáneamente.

Antes de cruzar las puertas de cristal, me ajusté el casco con la solemnidad de un astronauta a punto de abandonar la nave.

Una vez en el espacio exterior, encendí mi linterna de bolsillo y me guíé entre los cubículos de un recinto hotelero hasta llegar a una carretera. Al otro lado terminaba la civilización y empezaba Montaña Roja.

Ni siquiera había algo que pudiera llamarse un sendero. Mientras la primera claridad se derramaba por aquella pendiente árida y escarpada, inicié la subida con toda la atención puesta en mis pies. Tal como había visto en las películas de Marte, el terreno estaba ametrallado como un queso gruyère. Si no miraba por donde pisaba, uno de aquellos boquetes volcánicos —algunos parecían extrañas madrigueras— me haría tropezar y rodaría pendiente abajo.

Tras media hora de agotadora ascensión, la cumbre se-

guía estando lejos, lo que me hizo dudar de que fuera capaz de coronarla y regresar a tiempo al campamento base. Apreté el paso mientras el camino se hacía cada vez más empinado y peligroso. A mi izquierda, una profunda herida en la montaña formaba un barranco que bastaba para matarse.

Estaba a punto de dar marcha atrás cuando una figura insólita se perfiló bajo la luz dorada del amanecer.

«Un extraterrestre», me dije con el corazón disparado, mientras me levantaba la visera del casco para ver mejor.

Pero resultó ser algo más maravilloso que eso.

Tendría más o menos mi estatura y de su espalda delgada nacían dos alas blancas. La forma grácil de andar y su media melena revelaban que era una chica.

«Un ángel», pensé extasiado.

Aunque avanzaba cuesta arriba con más ligereza que yo, al llegar a la cima se puso las manos en la cintura y bajó la cabeza, como si tratara de recuperar el aliento.

«Los ángeles no se cansan», reflexioné cuando ya estaba a punto de darle alcance.

Supuse que era una joven inquilina del hotel que, como yo, se había dado a la fuga de madrugada para escalar Montaña Roja. En lugar del casco y de aquella parka que me estaba haciendo sudar a mares, ella se había colgado unas bonitas alas de ángel.

Fascinado, en cualquier caso, por aquel personaje, cubrí los últimos metros hasta la cima lleno de curiosidad.

Antes sucedió algo que quedaría grabado para siempre en mi memoria. La niña-ángel se volvió hacia mí y pude ver

su rostro. Tenía los ojos ligeramente achinados y una nariz pequeña que contrastaba con los labios gruesos que me sonrieron por un instante.

No parecía extrañarle que yo estuviera allí, pero lo insólito sucedió justo después. Tras volver la vista al frente, dio un paso hacia delante y saltó al abismo al otro lado de la cima.

En una fracción de segundo había desaparecido de mi vista.

Temiéndome lo peor, corrí hasta la cumbre y me asomé, muy asustado, por el lado donde había caído el ángel.

No había el precipicio que había imaginado, sino una pendiente rocosa como la que habíamos recorrido para llegar hasta allí. La luz del amanecer me permitió contemplar toda aquella vertiente de la montaña.

Y, sin embargo, el ángel no estaba.